





Discurso de recepción de  
D. ALFONSO CALDERÓN S.

3860

33+625

Vilches Quina, Roberto

En tiempos no lejanos, ser del Instituto Pedagógico constituía un sello romano, un signo de honor constante. Aún no llenaban los patios de paucilla escuadrilla ni se ensenoreaba el verde institucional. Santiago era luminosamente gris y en algunos murrallones de la calle Canning se fatigaban sin alar de las madreseleas. ¿Fue solamente un espacio imaginario, como la Babilonia de Borges, o la Santa María de Orenti? Roberto Vilches —testigo, no mártir, como diría él— nos vio, sastrecillos valientes, botando el pelo de la dehesa, a fines de la década del cuarenta.

Desdenábase, entonces, la Torre de Marfil y se buscaba la militancia política. La Universidad de Chile era diversidad, pluralismo, búsqueda apasionada de la reflexión y de la *doxa*. La mala conciencia del mundo se tranquilizaba con el Plan Marshall. Eliot recibía el Premio Nobel de Literatura. El hasto de Jane Russell llenaba las pantallas (y no era indigno de ver) mientras Neruda componía *Que después el leñador*. Sí. El Pedagógico.

Don Egidio Orellana era el director del Instituto. Lo llamaban "el zurcidor japonés" porque resolvía todos los problemas a su modo. Fuese el asunto relativo al leninismo, a monseñor Larson o al Criso histórico o a la renuncia del presidente de la República, don Egidio, sentado y compuesto, refugiándose tras sus anteojos, retenía todo. A la primera pausa del reclamante, murmuraba, estirando su diestra: "No se preocupe. Hablando se entiende la gente". El levantisco íbase feliz, pero, con certeza, esperaba hasta la semana de tres jueves.

Quiero recordar a algunos de mis maestros. Eleazar Huerta. El placer de las ideas brotaba de sus lecturas sobre Dilthey, Croce, Ortega o Lessing. Ponía el cigarrillo innumerable en la boquilla de Ambur y si la conversación destallecía, en el mucho andar, no era el silencio ni estrambote, sino una meditación orteguiana acerca de las navajas de Albacete, la pintura de Regoyos, la prosa de Miró, la música de Albéniz o la paloma de Alberti.

Veo a Eugenio González, con su señorio intelectual, recreando a Rilke, discutiendo las tesis de Spengler o exaltando a Huizinga. Don Eugenio creía en las virtudes del diálogo platónico como modelo de inteligencia y de sociabilidad. Si el caso lo requería, empleaba la sorna como nadie. No

# Roberto Vilches Acuña [artículo] Alfonso Calderón.

Libros y documentos

## AUTORÍA

Calderón, Alfonso, 1930-2009

## FECHA DE PUBLICACIÓN

1985

## FORMATO

Artículo

## DATOS DE PUBLICACIÓN

Roberto Vilches Acuña [artículo] Alfonso Calderón.

## FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

## UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile